

nes, oraciones, en mayor número que las gotas de rocío que se depositan sobre una rosa, ¿no había de tener más valor á sus ojos que otros hijos por los cuales no ha sufrido la mitad? ¿Por qué, pues, no conceder que Dios y los que se sienten animados de su espíritu muestren más interés por los más pobres? ¿Qué valen todos los diamantes del mundo comparados con las lágrimas del Hijo de Dios? ¿Qué son todas las perlas y todos los rubíes en comparación de las innumerables gotas de sangre y de sudor que ha derramado por las almas? ¿Y por quién, si no por los pecadores, por los desesperados, por los hijos de dolor, han corrido más dolorosamente semejantes gotas? «¿Es que Dios perderá eternamente al que ha querido rescatar á precio tan elevado? Sólo pierde á Dios aquel que comienza por perderse á sí mismo». (1)

Así, pues, preguntamos de nuevo: ¿Cuál es el valor del hombre? Vale lo que Dios ha hecho por él. Vale mientras la obra divina que existe en él tiene valor á los ojos de Dios. No olvidéis jamás las sublimes palabras: «Habéis sido rescatados á precio muy subido». (2) Es el mismo precio que ha sido pagado por todos vosotros, precio de un valor infinito. No miréis á nadie como desprovisto de valor, por pequeño, por débil, por degradado que sea. ¡Desgraciados de vosotros, si abandonáis á uno, si sois la causa de la ruina de uno solo! Habéis sido rescatados á un precio demasiado elevado. No carecéis de valor á los ojos de Dios. Mientras no os rechacéis vosotros mismos, Dios no os rechazará, no os dejará de su mano, sino que os socorrerá en vuestros sufrimientos, os sostendrá en las tentaciones, os levantará de vuestras caídas. Habéis sido rescatados á un precio muy subido; no carecéis de valor á los ojos de Dios. No os convertáis en esclavos de los hombres, (3) no os convertáis en esclavos del pecado, (4) no os consideréis á vos-

(1) Freidank, 20, 24 y sig. (Bezenberger, 86). Cf. Dante, *Parad.*, 29, 31.

(2) I Cor., VI, 20; VII, 23. I Petr., I, 18.

(3) I Cor., VII, 23.

(4) Joan., VIII, 34. Rom., VI, 16.

otros mismos como de poco valor. Mostraos dignos de la libertad, de la dignidad de hijo de Dios á la que habéis sido elevados. He aquí todo lo que nos dice la pequeña palabra *gracia*.

**9. Nobleza del sentimiento del deber en el cristiano.**—Es este un pensamiento muy serio. Cuanto más ideal es la condición, más grandes son sus obligaciones. Dios hizo algo de inmenso cuando nos dió la gracia. En el momento en que nada sabíamos de nosotros, y menos todavía de Él, hizo de nosotros, de forzados que éramos, hombres libres; pecadores, nos hemos convertido en las criaturas de su amor; extraños, nos hemos convertido en hijos de Dios, y con parte en su herencia. (1) Pero también espera de nosotros que demos pruebas de ser hijos suyos. El hijo adoptivo debe, mucho más que el legítimo, mostrarse digno de su título de hijo; (2) más que éste, debe ganar con honor la herencia que se le ha dado. Si fué preciso que el Hijo de Dios se conquistase con sus sufrimientos—¡y qué sufrimientos!—la recompensa, que, no obstante, le era debida por naturaleza, nuestra dignidad y nuestra herencia sólo pueden ser resultado de la gracia divina y del esfuerzo humano á la vez. (3) En cuanto á Dios, no puede haber duda de que ha hecho lo suficiente por su parte. ¡Ojalá podamos solamente, por la nuestra, no olvidar lo que debemos hacer! Después de semejante distinción y con tal vocación, ¿cómo podríamos lamentarnos de que nuestro estado de cristianos nos imponga deberes tan elevados?

La empresa del cristiano es difícil, y grande el peligro de no llevarla á cabo. En el mundo, en donde las cargas y los beneficios están con mucha frecuencia en razón inversa, y en donde el honor, que consiste casi siempre en palabras huecas, no ofrece fuerza alguna para que uno se venza á sí mismo, no echaríamos en cara á nadie el que retrocediese por temor á los trabajos que exige la vida en-

(1) Chrysost., *Gal.*, 9, 1 (7).

(2) Chrysost., *In Matth. hom.*, 19, 7.

(3) Luc., XXIV, 16.

tera; pero el cristiano sabe por su fe que, si se ve sometido á trabajos más difíciles y á deberes más elevados, esto no hace más que responder á la alteza de la dignidad á que le ha elevado la gracia. Ya el honor exige de él que no se muestre indigno de su título sublime de Hijo de Dios. Pero es este un honor que no lo es solamente de nombre, sino un honor que entraña la herencia y la dignidad. Lo que nos comunica la gracia es la nobleza, verdadera, elevada, la nobleza real, la nobleza divina. Aquí se aplica especialmente el proverbio: «Nobleza obliga». Todos reconocen la verdadera y vieja nobleza, en que se encuentra siempre allí donde el trabajo es más peligroso. ¿Qué hombre de noble estirpe no consideraría como una vergüenza imborrable quedarse atrás, cuando su príncipe y jefe empieza el primero á entrar por la brecha en provecho suyo? ¿Qué caballero podría perdonarse el ver á su servidor ó á su escudero escalar las murallas antes que él? ¿Qué pensar de aquel á quien Dios ha hecho hijo suyo por la gracia, si vacilara en sacrificarse por su vocación divina, con un ardor por lo menos igual al de los hijos del mundo por una gloria pasajera? ¿Qué debería pensar de sí un cristiano que vacilara en seguir á su jefe á la victoria y á la muerte, cuando este jefe, que tanto ha sufrido y que llegó á morir por él, es su hermano, su rey, su amigo y su Dios? ¿Cómo podría lamentarse, si está animado del sentimiento del honor, de las fatigas que experimenta y de las heridas que recibe en su servicio? Siempre es hombre, y hombre continúa siendo, no obstante la gracia; siente los sufrimientos, como cualquier otro, y también tiene sus horas de debilidad y de tentación. Pero le basta siempre el recuerdo de su ideal, y ve en la lucha su honor, y en sus sufrimientos con motivo de su dignidad, una gracia inmerecida. Mientras le anime este ideal, no puede sucumbir. <sup>(1)</sup>

La idea—no sé si debo decir de nuestra obligación ó de nuestra dicha—de seguir, en nuestra debilidad, al Hijo de Dios, que ha hecho suya nuestra debilidad, de ha-

(1) Chrysost., *In Matth. hom.*, 19, 5.

cer de toda nuestra vida la expresión de su vida sobre la tierra, <sup>(1)</sup> de ser los cooperadores de Dios, de completar con nuestro propio esfuerzo lo que Jesucristo no ha querido que entrañasen sus propios méritos, <sup>(2)</sup> á fin de hacer de su acto redentor un estímulo que nos incite á generosos esfuerzos, y, al mismo tiempo, la confianza inquebrantable de que su fuerza auxiliadora compensa siempre, con la abundancia de su riqueza, la diferencia que existe entre lo que anhela nuestro corazón y lo poco que conseguimos por nuestra impotencia, he aquí un ideal que, mientras brille en nuestra alma, nos protegerá contra toda languidez, contra la vergüenza de su retroceso, y hará de toda medianía é infidelidad el móvil de un aumento considerable de celo.

Gracias á este ideal, el cristiano une la impotencia del niño al valor del héroe. Gracias á su luz, sabe que nada es por sí mismo, pero que todo lo puede en Aquél que le fortifica. <sup>(3)</sup> En su docilidad, cede al Padre de las luces el honor de la acción más pequeña, y antes sacrificaría su vida, que la humilde seguridad de que tiene el derecho de reclamar de Él una recompensa infinita por cada una de sus buenas obras. Impotente sin la gracia, invencible con la gracia, no proclama su propia gloria, aun allí donde puede lisonjearse de haber hecho más que todos, sino la gloria de la gracia, <sup>(4)</sup> que se complace en obrar sus más grandes maravillas en los hombres más débiles. <sup>(5)</sup>

**10. La gracia es la vida del alma y la vida del mundo.**—Comprensible es, pues, que, en este mundo tan desprovisto de ideal, sea el cristiano un enigma incomprensible, un ente raro. <sup>(6)</sup> El juicio que á la muchedumbre insensata merecieron los Apóstoles inspirados por el Espíritu Santo en Jerusalén, el día del nacimiento del Cristianismo, <sup>(7)</sup> el juicio del pequeño Festo sobre el gran Pablo, <sup>(8)</sup> es cons-

(1) August., S. 5, 1. *Enchirid.*, 14, 43.

(2) Col., I, 24.—(3) Phil., IV, 13.—(4) I Cor., XV, 10.

(5) *Ibid.*, I, 25.

(6) *Ibid.*, 4, 9.

(7) Act. Ap., II, 12.

(8) *Ibid.*, XXVI, 24.

tantemente el juicio que el mundo formula sobre el espíritu de los cristianos; que son fanáticos, que el fanatismo es lo que les mueve á obrar. Pero, aunque el mundo califique como quiera el móvil de sus acciones, siempre será cierto que en el cristiano vive y obra algo que el mundo no encuentra en sí y que el mundo no comprende. Ahora bien, precisamente esto constituye el orgullo y el ideal del cristiano.

¿Qué hay, pues, de tan extraordinario en el cristiano para que cualquiera hable con tanta ligereza de fanatismo? Con los ojos corpóreos, evidentemente, no ve uno en él lo que no nota en los demás. El cristiano no forma parte de un reino especial; habla el lenguaje de sus conciudadanos, observa las mismas leyes, no se distingue de los demás en la manera cómo lleva á cabo sus asuntos, <sup>(1)</sup> á menos que no sea en que los hace, no para agradar á los hombres ó á sí mismo, sino como servidor de Cristo, con corazón puro y con temor de Dios. <sup>(2)</sup> El mundo no puede negarle esto. ¿De dónde procede, pues, la repulsión que siente por él? Nada tiene que reprocharle, y, sin embargo, no puede sufrirlo. Sólo debiera estimarle, y, no obstante, no puede verlo.

La causa de esto consiste en que, interiormente, por modo invisible á los ojos corporales, y, no obstante, por modo innegable, hay en el cristiano algo que le hace superior al mundo y que constituye su caracter distintivo. Se lamenta de debilidad, y, no obstante, desafía todas las seducciones, mientras se recuerda de esta debilidad. Más tímido que la paloma, con relación á todos los encantos del mundo, es más fiero que un león frente á las amenazas del mundo. Humilde, hasta el punto de excitar su menosprecio, tiene conciencia de su valor, con un sentimiento personal que confunde al mundo. Nada pide al mundo, ni nada teme de él, porque considera al cielo como su patria, <sup>(3)</sup> y,

(1) *Epist. ad Diognet.*, 5.

(2) *Efes.*, VI, 6. *Col.* III, 22.

(3) *Hebr.*, XIII, 14.

no obstante, le es más útil que sus opresores con sus orgullosas promesas. Se le pisotea, y se muestra jovial, se le arrebatada todo lo que posee, y abunda en bienes, pues precisamente lo posee todo. <sup>(1)</sup> Espíritu en verdad muy extraño es éste, ya que, bajo una envoltura de tan poca apariencia, produce semejantes efectos sobrenaturales.

Lo que el mundo llama nuestro fanatismo y el cristiano su ideal, es precisamente el misterio de la gracia. En la gracia reside nuestra fuerza; en la gracia está arraigada la conciencia de nuestra dignidad; de la gracia proceden nuestras victorias, y por la gracia conviértese el cristiano en sostén del mundo. Lo que el alma para el cuerpo, es la gracia para el alma, <sup>(2)</sup> y por la gracia, es el Cristianismo lo que es el mundo. <sup>(3)</sup>

(1) *II Cor.*, VI, 9, 10.

(2) *Augustin.*, *S.* 62, 2. *Bernard.*, *In ps.*, 90, 10, 4. *In Cant.*, 75, 2.

(3) *Epist. ad Diognet.*, 6.